

GILLETTE BORGOÑA — ACTO 2

Borgoña — Francia
ACTO 2 — El regreso de Sabine

Las historias nunca son iguales, porque los momentos en que se encuentran nunca son iguales. Cambian los lugares. Cambian las estaciones. Cambia la gente. Y cuando las mujeres se cruzan en su camino, toda predicción pierde su valor.

Conté esta historia hace algún tiempo. Hoy quiero volver a contarla con mayor intensidad, casi como una conversación conmigo mismo—una llamada de la memoria, una voz que sigue llamando a la puerta del tiempo, recordándome no solo lo que ha sido, sino quizá lo que aún podría ser.

ACTO 2 — EL REGRESO DE SABINE

Pasé mis primeros días reorganizando la finca.

Algunos empleados querían negociar.

Otros querían explicarme cómo se habían hecho siempre las cosas.

Unos pocos creían que la tradición era, en sí misma, un argumento.

Escuché.

Luego decidí.

No tenía ninguna intención de renegociar salarios, privilegios ni viejas costumbres. Quien quisiera quedarse era bienvenido. Quien quisiera marcharse recibía un apretón de manos y una sonrisa.

Sin rencor.

Había aprendido hacía mucho que ciertas costumbres rara vez cambian.

Se sustituyen.

Así que empecé a formar un equipo nuevo.

Gente responsable.

Gente que no necesitaba supervisión a todas horas.

Mi filosofía era sencilla:

no mandar.

Crear responsabilidad.

Las semanas pasaban despacio, medidas por el ritmo de los viñedos y por el viento que recorría las colinas de Borgoña.

Creía haber encontrado por fin una paz que ya no buscaba.

Entonces, una tarde, un coche italiano apareció en la entrada de la finca.

Desde lejos vi bajar a una mujer y a un joven.

Buscaban a alguien.

Hablaban animadamente con uno de los trabajadores, que no entendía ni una palabra de italiano. Repetían una y otra vez un nombre.

Mi nombre.

Me acerqué a caballo.

Y el tiempo se detuvo.

Era Sabine.

No necesitó hablar.

No necesitó presentarse.

Hay rostros que quedan grabados en la memoria más hondo que las fotografías.

Los reconoces al instante.

Incluso décadas después.

Por un momento volví a ser joven.

No el joven de las viejas fotos.

No el joven de los documentos oficiales.

El joven de los sueños.

De los errores.

De las promesas inacabadas.

El corazón empezó a latirme con una fuerza que creía perdida hacía mucho.

Bajé del caballo fingiendo calma.

Ella sonrió.

La misma sonrisa.

La misma luz en los ojos.

El tiempo había añadido elegancia, no distancia.

A su lado había un joven al que presentó como su sobrino.

Lo observé con atención.

Había algo inquietante en el parecido.

Los mismos ojos.

La misma expresión.

La misma dulzura obstinada.

Sabine me miró como se mira a alguien que nunca ha salido del todo de la vida de uno.

No había turbación.

Ni explicaciones.

Solo el peso callado de todo lo que nunca habíamos vivido.

Paseamos entre las vides.

Hablamos del pasado como se habla de una vieja casa todavía habitada por los recuerdos. Le pregunté cómo había conseguido encontrarme.

Se rio.

Una risa que recordaba a la perfección.

“Culpa tuya”.

“¿Mía?”

“Sí. Siempre lo escribías todo. Lo que no eras capaz de decirle a la gente a la cara, se lo contabas al mundo en tus libros. Seguí tus palabras durante años. Cada página dejaba una pista más. Sabía que, tarde o temprano, te encontraría”.

Me quedé en silencio.

Porque tenía razón.

Y en ese momento comprendí algo.

Ella no había llegado por casualidad.

Y quizá yo tampoco.

A veces la vida tarda décadas en terminar una frase interrumpida hace mucho.

Ferdinando